

Elogio de lo inacabado

Antonio Valdecantos

1 julio, 2006

TRAVESÍAS POR LA INCERTIDUMBRE

Estrella de Diego

Seix-Barral, Barcelona 296 pp. 19 euros

«Concluir las frases –dice Estrella de Diego en estas *Travesías por la incertidumbre*– es tan solo una práctica admitida que nada tiene que ver con la naturaleza del lenguaje y, mucho menos, de las historias» (p. 254). Es cierto: el supuesto de que la proposición que uno tiene en la cabeza y que quizá ya ha empezado a escribir o a pronunciar llegará a terminarse de manera satisfactoria –es decir, de un modo que corresponda exactamente a lo que uno quería o quiere decir– es una creencia casi inevitable pero muy precipitada. Es un pecado de soberbia creer que las cosas acaban siempre como se creía cuando empezaron.

No todo el mundo, sin embargo, concederá de buen grado lo anterior. ¿O es que cada vez que alguien dice con verdad que el gato está encima del felpudo o que la nieve es blanca no dice lo que se proponía decir, lo que su interlocutor entiende y lo que corresponde a los hechos? ¿Y acaso no dice todo eso al mismo tiempo y lo dice exactamente? Lo que ocurre es que «la nieve es blanca» y «el gato está encima del felpudo» son oraciones aparentemente simples y con aspecto de cosa elemental y básica, pero casi nadie las ha oído ni leído nunca fuera de las disertaciones de los filósofos analíticos. Si bien se mira, son ejemplos rebuscadísimos, de audición o lectura mucho más infrecuente de lo que parece. El estudiado enrevesamiento de la sencillez es tan artificioso como cualquier otro y, por fortuna, el lenguaje real –tanto el ordinario como el que lo es menos– se parece muy poco a los ejemplos que salen en cierto género de *papers* académicos¹. En realidad, puede que la naturaleza del lenguaje consista en someterse a la convención de terminar las frases, pero

haciéndolo de manera chapucera, deficiente y sobrevenida, y creyendo al mismo tiempo, con el mayor de los autoengaños, que ese final corresponde a algo premeditado. Ni que decir tiene que con las narraciones sucede otro tanto.

Estrella de Diego está convencida de que la cultura moderna no sería lo que es sin la obsesión por clausurar y concluir lo inacabado o, mejor dicho, la de falsearlo de modo que parezca cosa terminada. Con mano docta y buena prosa estudia en seis densos capítulos otros tantos casos o conjuntos de casos en los que alguien ha tenido que mostrar como completo y cerrado algo que no lo estaba. El lector encontrará largas e instructivas descripciones de «lo que no se acaba de ver», «lo que no se alcanza a poseer», «lo que no se llega a recibir», «lo que no se logra escribir», «lo que no se quiere nombrar» y «lo que no se debe terminar». Del séptimo capítulo -¿la *conclusión*?- hablaré después. El desarrollo de los seis temas mencionados es pertinente y a menudo brillante. El lector se encontrará con una colección de glosas y digresiones sobre referencias muy variadas: sobre el viaje de Shackelton a la Antártida, las exploraciones pompeyanas de sir William Hamilton, la vida de Gauguin en Tahití, el *Autorretrato* de Gerrit Dou, el *Hombre escribiendo una carta* de Metsu y *La pesadora de perlas* de Vermeer, la *Carta de amor al rey Tut-Ank-Amen* de Dulce María Loynaz, *Mi Pushkin* de Marina Tsvietaieva, fotos de difuntos en una exposición de Christian Boltanski, la historia de Joseph Carey Merrick («el hombre elefante») o el «gabinete de los horrores cutáneos» de Jules-Pierre-François Baretta, y muchas más imágenes e historias. Sin duda alguna, lo mejor del libro es algo que lo acerca mucho a cierto ideal del género ensayístico, un ideal reconocido y apreciado desde hace varios siglos: me refiero al poder de digresión, esto es, a la maestría en el arte de sacar un tema de otro que ha quedado sin concluir.

Merece la pena mencionar unos cuantos (y podrían llegar a ser muchísimos) de entre los que digresivamente comparecen en estas travesías por la incertidumbre. Así, la «paradoja esencial de la visión moderna» consistente en acabar viendo en cierto lugar lo que nunca estuvo allí (p. 32) o el propósito, también típicamente moderno, de «habitar el umbral» y regresar de cualquier viaje -y también salir de casa- sólo a medias (p. 42), o el «exotismo del tiempo» que convierte la Antigüedad en un país pintoresco más (p. 70). O la denuncia, tan oportuna, de las conmemoraciones obligatorias. Tomen nota y no se rasguen las vestiduras: «recordamos lo que podemos y hasta donde podemos. Lo otro -la Historia, el monumento- son lágrimas vacías, impostura de recuerdo, reconstrucción de un falso duelo, llanto por los muertos ajenos; sentimentalidad, no sentimientos; manipulación, pues, de unos espectadores que a lo mejor no querían recordar o que hubieran preferido hacerlo de un modo distinto» (p. 171). O la paradoja por la que se rige la exhibición pública de los cuerpos monstruosos y anormales (y quizás casi de cualquier otra cosa): el escenario es el lugar de lo que no puede tocarse aunque se tenga el deseo de hacerlo y al mismo tiempo el de aquello de lo que uno puede mantenerse a salvo (p. 209).

Pero la autora ofrece algo más que digresiones. Aunque lo cierto es que algunos lectores habríamos preferido el inacabamiento, ella procura ser concluyente, y esos lectores no podemos dejar de reprochárselo. En realidad, el séptimo y último capítulo no añade mucho a los anteriores, salvo corolarios doctrinales que no están a la altura de la riqueza de matices y razones de las doscientas

cincuenta páginas que lo preceden. Es cierto que ya se habían proclamado a voz en grito (p. 104) tesis tan estupefacientes como que la invención de la perspectiva en el Quattrocento italiano andaba ligada a cierta «fórmula de control» establecida por la «clase dominante» para erigir un «sistema unitario» que «siglos más tarde la Ilustración perfecciona e impone sobre el mundo a través de sus sofisticadas políticas coloniales». Pero este ramalazo adoctrinador se acrecienta no poco en el último capítulo. Resulta, por ejemplo, que las matemáticas, ausentes del libro hasta la página 277, pasan a ser aquí la «quintaesencia del discurso blanco, clase media, masculino, símbolo último del poder colonialista de Occidente»². Perlas como la anterior podían tener alguna justificación cuando eran capaces de suscitar escándalo, pero esa época ha pasado ya, porque cualquier lector tiene a su disposición una oferta amplia de libros –y cualquier estudiante una oferta amplísima de cursos– urdidos a partir de sentencias así, que en la ideología oficial de hoy en día desempeñan un papel jaculatorio parecido al que hace sesenta años tenía la lista de los reyes godos. A Estrella de Diego le gusta recordar a Auden y repetir que «nuestros libros de texto nos engañan». Puede que Auden llevase razón, pero conviene advertir que entre los libros de texto hoy en uso es casi imposible hallar una sola línea por donde asome el etnocentrismo. Todavía falta un poco para que ocurra, pero cuando las nuevas generaciones rememoren sus años de formación quizá no sean demasiado indulgentes con la sobredosis multicultural –almibarada y cursi, y casi siempre mostrenca– que está administrándoseles.

Seguramente todo libro valioso se escribe a pesar de un cuerpo de doctrina, y los lectores inteligentes lo saben y lo pasan por alto. Toda lectura consiste en olvidarse de la mayor parte de las páginas que están leyéndose para hacer sitio a unas pocas que se juzgan, para bien o para mal, memorables o dignas de cita, aunque éstas también acaben casi siempre condenadas al olvido. Estrella de Diego aboga por la incertidumbre, por el inacabamiento, por el quedarse en el umbral, por no tener domicilio conceptual fijo. Todo esto es muy sano y muy recomendable, pero no está claro que el destilado ideológico que segregan los estudios culturales, poscoloniales y de género sea hoy en día el mejor caldo de cultivo para el inconformismo intelectual. En muchos casos sucede precisamente todo lo contrario. Quien quiera encontrar ortodoxias, cánones, pontificados e inquisiciones hará bien en visitar esas culturas académicas, muy bien instaladas, por cierto, en lo más selecto y fino del *establishment*. Los defensores de lo inacabado no tenemos grandes objeciones que hacer a este libro. Es cierto que algunas de sus conclusiones no nos parecen aceptables, pero la autora ya nos ha mostrado que no son las conclusiones lo que más importa de un libro.

¹. Probablemente estemos necesitados de una fenomenología de lo rebuscado. Siempre ha habido, desde luego, dos grandes formas de artificio y enrevesamiento: la ingenua que no disimula y que lo complica todo sin pudor, y la sofisticada que finge naturalidad. A la segunda pertenece la espuria naturalidad del hombre que estaría dispuesto a cualquier cosa antes que a sacrificar su imagen de persona espontánea, uno de los gestos más canónicos y también más deletéreos de la cultura contemporánea. Véase sobre estas cuestiones, Hannah Arendt, «La torre de marfil del sentido común», una reseña de 1946 a *The Problems of Men*, de John Dewey, incluida en *Ensayos de comprensión 1930-1954*, trad. de Agustín Serrano de Haro, Madrid, Caparrós, 2005, pp. 241-243.

2. Citando a Alan J. Bishop, «Western Mathematics. The Secret Weapon of Cultural Imperialism», *Race and Class*, vol. 32, n.º 2 (1990), p. 71, texto recogido en *The Post-Colonial Studies Reader*, un manual –¡un libro de texto!– compilado por Bill Ashcroft, Gareth Griffiths y Helen Tiffin (Londres y Nueva York, Routledge, 1995).